



El rey y el vasallo héroe en el poema de *Mío Cid*

Zoila Clark

Florida Memorial University
zoilyova@yahoo.com

Resumen: El Cid es el modelo ejemplar de vasallaje porque él logra restaurar la armonía en su relación con el rey, así como conseguir reconocimiento y favores que son fruto de esta relación, mientras que el territorio del rey crece en tamaño y riquezas gracias a su buen vasallo heroico.
Palabras clave: Mío Cid, literatura española, honra

La relación rey-vasallo es como el hilo unificador de los tres cantares que conforman el *Poema de Mío Cid*. Todo comienza con la ruptura de la armoniosa relación que existe entre el rey de Castilla y León, Alfonso VI, y su vasallo, Mío Cid Ruy Díaz, quien es deshonrado por calumnias de sus enemigos y al ser desterrado pierde no sólo el favor de su rey, sino también sus heredades o bienes. Luego, en el segundo cantar, Alfonso VI casa a las hijas del Cid una vez que éste se ha ganado el perdón, pero los matrimonios son deshechos en el tercer cantar porque los esposos deshonran al Cid al maltratar a sus hijas; el rey termina enjuiciando legalmente a los ofensores para devolverle la honra al Cid, reestableciéndose así la armonía perdida entre ellos y formándose lazos aún más fuertes sólo cuando el vasallo asciende a la categoría de héroe una vez que su señor reconoce sus hazañas.

No se puede hablar del *Poema de Mío Cid* sin aludir al binomio rey-vasallo, el cual es, a nuestro parecer, la relación básica de la sociedad medieval de la Península Ibérica en tiempos de la reconquista. Nos interesa examinar en este trabajo qué tipo de relación guardan el rey y el vasallo. Según Gustavo Correa, la relación rey-vasallo está vinculada al tema de la honra, y es ésta la que le da un carácter unitario a la estructura artística del poema (185). Compartiendo esta idea, comenzaremos por ahondar un poco más en la naturaleza de esta honra y señalar su función en la relación rey-vasallo que se convierte luego en rey-vasallo héroe en el *Poema de Mío Cid*.

Como se ha perdido la primera hoja de nuestro poema, tenemos la opción de leerlo desde el destierro o de considerar *La crónica de veinte reyes*, donde se nos dice que Alfonso VI creyó a los envidiosos del Cid que éste había retenido para sí parias cobradas al rey moro de Sevilla y que lo hizo porque “estaba muy sañudo e mucho irado contra él, creyólos luego” por envidia personal (Menéndez Pidal 102). Preferimos no usar la crónica o la versión histórica por tratarse de otro texto que no es materia de nuestro estudio.

Consecuentemente, si observamos los primeros versos del cantar, notamos que la honra del Cid, caballero infanzón, está vinculada a la riqueza material otorgada por el favor del rey. Al ser desterrado, el Cid pierde sus haberes y lamenta profundamente tal pérdida:

De los sus ojos tan fuerte mientras llorando,
 Tornaba la cabeza & estábalos catando,
 Vio puertas abiertas & uzos sin cañados,
 Alcándaras vazías sin pieles & sin mantos
 Y sin falcones y sin adtores mudados. (I, 1-5)

La deshonra del Cid se manifiesta con la pérdida de sus bienes al ser desterrado. Su mundo se destruye al cambiar su forma de vida y llora su desgracia, pero no pierde la esperanza de recuperar el favor del Rey. El Cid no culpa a quien lo puede redimir de su desgracia, mas dice “¡Esto me han vuelto míos enemigos malos” (I, 9) y, luego añade, “Aun cerca o tarde el Rey querer me ha por amigo, / Si no cuanto dexo no lo precio un fijo” (I, 76-7). Queda claro que el Cid es un vasallo leal por no culpar al rey de su desgracia y, asimismo, valiente y ambicioso al proponerse reconquistar su honra, es decir su lugar social y sus posesiones, las cuales considera muy valiosas.

El Cid poético, según Correa, “se impone un absoluto respeto a su señor natural, es decir, renuncia a los derechos personales que las leyes concedían al desterrado, renuncia a la hazaña heroica de rebeldía” (187), convirtiéndose así en un vasallo modelo de fidelidad monárquica. Cabe destacar que el vasallaje del Cid es decisión personal y que el poema muestra que el cielo premia tal elección con victorias y nuevas riquezas:

El ángel Gabriel a él vino en sueño:
 Cabalgad, Cid, el buen Campeador, ca nunca
 En tan buen punto cabalgó varón;
 Mientra que visquieredes bien se fará lo to.
 Quando despertó el Cid, la cara se santiguó (I, 407-9).

El favor de Dios y la aparición de ángeles en sueños que llevan mensajes de este tipo son comunes en épocas de conquistas religiosas; ya en Francia están presentes en *La Chanson de Roland*, la cual antecede a nuestro poema. Para Peter Such y John Hodgkinson es evidente que el juglar subraya desde un inicio la devoción cristiana del Cid y que el éxito material y la honra están relacionados (12).

El Cid se va convirtiendo entonces en un vasallo modelo a través de todo el poema, pero, según Edmund de Chasca, el Cid nunca llega a igualarse al rey: “Right or wrong, the king is always the master of his subjects’ fate, never a sharer of honor on equal terms, rather the arbiter who confers it or takes it away” (187). En consecuencia, la relación rey-vasallo es una relación vertical y la voluntad del rey es incuestionable, por lo que el Cid jamás se niega a partir, ni se opone a su decisión de desterrarlo. Sin embargo, considerando que el rey es el único dador de honra, el Cid continuará comportándose como vasallo del rey hasta ser perdonado.

Por esta razón, el Cid parte con algunos seguidores y lo primero que hace es ofrecerles buena paga y con el consejo de Martín Antolínez logra conseguir seiscientos marcos engañando a unos burgueses, posiblemente judíos, Raquel y Vidas. Con tal ingreso, da cincuenta marcos al abad Don Sancho y cien más para que cuide de doña Jimena, su esposa, y de sus dos hijas. Lo restante para sus ciento quince caballeros, pues con el destierro el Cid se convierte en “señor” y, luego de una misa, parte para volver pronto con la honra repuesta por el favor del rey: “Agora nos partimos, Dios sabe el ajuntar” [. . .] “mío Cid con los sus vasallos pensó de cabalgar” (I, 373, 376). El Cid es responsable ahora de proveer bienes a sus vasallos, así como Alfonso cuidó de él en Burgos. El papel del Cid es de vasallo del rey y “señor” de su tropa, por lo que su honra empezará a mejorar por el respeto que se gane de sus vasallos y por el perdón que consiga del rey, tal como lo señala Francisco López Estrada:

En el Poema existe la clara formulación de un segundo rango de vasallaje en el que don Rodrigo es el Señor y los que lo siguieron sus vasallos. En este caso la relación se mantiene siempre concorde y armoniosa, de tal manera que el discutido verso veinte obtiene su paralelo en otros dos (3022-23) que muestran lo que ocurre cuando las relaciones entre un buen Señor y sus vasallos van por el buen camino y se logra la armonía del grupo social bajo el signo del bien. (67)

En el verso veinte, el pueblo había dicho: “¡Dios qué buen vasallo! ¡Si hobiese buen Señor!” al ver desterrado al Cid (I, 20). Sin embargo, esto no es necesariamente una crítica al rey Alfonso VI, porque vemos que el rey no es tirano, sino que va siendo cada vez más benévolo con el Cid recibiendo sus regalos, otorgando su perdón a los acompañantes del Cid y facilitando que se le unan. Tenemos entonces que la relación rey-vasallo está basada en la sumisión leal y la motivación económica de beneficio mutuo. El rey o “señor” necesita de vasallos que le traigan la quinta de las riquezas obtenidas en su misión para repartirlas entre todos, y el vasallo necesita ser honrado con el reconocimiento de éste ante la sociedad.

Por lo tanto, es la necesidad de negocio entre el rey y el vasallo lo que hace que el juglar cree un intermediario con el fin de llevar a cabo las tres embajadas del poema. Miguel Garci-Gómez se refiere a este asunto de la siguiente manera:

El tema del intermediario [. . .] uno de los pilares estructurales más robustos de la *Gesta*. Minaya había de servir de mediador, como emisario del Cid con respecto al perdón real, como emisario del rey en retorno, con respecto al asunto de los casamientos. [Luego,] el oficio de intermediario entre el rey y el Campeador correspondería a Álvar Fáñez. (69)

Esto explica por qué las embajadas empiezan desde el primer cantar, pues aunque el Cid ha sido desterrado, sólo puede seguir siendo vasallo mientras se siga comportando como tal, es decir, consiguiendo bienes para su rey y obedeciendo su ley. Así, Minaya es como el brazo derecho del Cid y lleva los regalos al monarca. Según María Eugenia Lacarra, “el análisis concreto de las embajadas nos permite comprobar el acercamiento gradual entre el rey y su antiguo vasallo” (188).

Tenemos primero un regalo de treinta caballos cuyo objetivo es saber si el rey está dispuesto a tener una amistad en caso de aceptar el obsequio. Minaya hace el ofrecimiento siempre en nombre del Cid y con mucha humildad, sin dejar de mencionar que es ganancia obtenida en batalla. Al oír esto, el rey responde:

Más	después	que	de	moros	fue,	prendo	esta	presentaja.
Aún	me	plaze	de	mío	Cid	que	fizo	tal
Sobre	esto		todo	a	vos		quito,	Minaya,
Honores		y		tierras		habedlas		condonadas
.....								
De	todo	mío	reino	los	que	lo	quisieren	far,
Buenos		y	valientes	para		mío	Cid	uyar,
Suéltolos los cuerpos y quétoles las heredades. (I, 884-93)								

Notemos que no sólo el rey acepta el presente, sino que perdona a Minaya restituyéndole sus propiedades y da permiso de irse sin perder sus heredades a los que quieran seguir al Cid. Esta respuesta es la señal de que el Cid recibirá el perdón real si sigue por esta senda y que lo considera bueno y valiente, ya que así anima a partir a los hombres de su reino.

En la segunda embajada, el Cid manda con Minaya cien caballos y, de acuerdo con Lacarra, su propósito es de “mayor envergadura [. . .] además de reiterar al rey su lealtad le pida merced para traer a su familia a Valencia. El logro de esta merced significa una atenuación del castigo” (188). El Cid había sido desterrado para siempre, ya que había perdido la patria potestad de su familia; sin embargo, pide que el rey le levante ese castigo en nombre de las batallas ganadas y su conquista de Valencia. El rey acepta la petición y, además, concede el perdón a los que salieron de Castilla con el Cid. Asimismo, Alfonso anima a sus vasallos a que partan con el campeador para que las tropas del Cid sigan en aumento, ya que al recibir las ganancias ellos siguen siendo sus vasallos.

La última embajada ocurre luego de la victoria del Cid sobre Yúcef, rey de Marruecos. Aquí la ganancia del Cid es mayor, y su envío es de doscientos caballos en agradecimiento por haber recuperado su honra al tener a su familia a su lado. Esta muestra de gratitud hace que el rey lo honre con su visita a Valencia. Lo acompaña un enemigo del Cid que no le perdona el haberle quitado la barba y sus familiares los infantes de Carrión, quienes por ambición de riquezas piden al rey a las hijas del Cid en matrimonio. El rey acepta sólo por ennoblecer al Cid y dice: “Habrá hy honra y creará en honor / Por consagrar con los ifantes de Carrión” (II, 1905-06). El Cid acepta la voluntad del rey y se humilla ante él de forma absoluta:

Cómo lo comidia el que en buen hora nasco,
 Los hinojos y las manos en tierra los fincó,
 Las yerbas del campo a dientes las tomó,
 Llorando de los ojos, tanto había el gozo mayor,
 Así sabe dar homildanca a Alfonso su señor;
 De aquesta guisa a los pies le cayó. (II, 2020-25)

Como podemos apreciar, el Cid había esperado este momento con ansiedad, pues había planeado sus muestras de humildad para conseguir el perdón final. La sumisión y lealtad del Cid demuestra, según Paul R. Olson, “That the hero of this poem is concerned not merely with his own rank and honor but with maintenance of a just order within his society” (503). Compartimos esta opinión, ya que el Cid ha seguido siempre las reglas del sistema monárquico. Incluso el uso de las embajadas no es más que la búsqueda de una continuidad de servicio al monarca.

Cabe mencionar que este punto es bastante discutible. Por ejemplo, según De Chasca el perdón es el resultado de la habilidad del Cid que es reconocida por Alfonso VI; sin embargo, de acuerdo con Lacarra

los gestos de Rodrigo se intensifican con el objeto de realzar su fidelidad, a la par que destacan la honra y honor que el rey le confiere, ya que ambos pugnan por mostrarse mutuamente, y también de manera pública a los demás, la fidelidad y el amor que se profesan.

[. . .] las extremadas muestras de humildad se equiparan a la generosidad y deferencia con que el rey le corresponde, al insistir en que se levante. (192)

A nuestro parecer, el juglar mantiene siempre la idea de que el rey es un personaje positivo y bueno, por lo que se refuerzan los arquetipos de un vasallo humillado y de un rey generoso dador de honra y deshonra. Tal como lo afirman Olson y Lacarra, tanto el Cid como el rey son personajes que refuerzan el modelo monárquico o feudal porque nuestro Cid volverá a perder la honra y solo el rey será capaz de devolvérsela.

En el desenlace del segundo cantar, el Cid no sólo consigue ser honrado con el perdón del rey, sino también con las bodas de sus hijas, doña Elvira y doña Sol, con los infantes de Carrión. La rica heredad que consiguió el Cid atrajo a los infantes y este matrimonio “supone el complemento más indicado para el actual poder del Cid y subir definitivamente el escalafón social” (Rodríguez Puértolas 173). Sin embargo, la honra conseguida de esta forma no será muy duradera ya que, aunque sus hijas fueron casadas por voluntad del rey y con manero de su alteza, los infantes deshonran al Cid golpeando a las hijas. Es interesante observar que es gracias a que su honra está relacionada con la del rey que el Cid logra definitivamente tener honra.

Consecuentemente, toda la ilusión que expresaron el Cid y sus hijas con frases como, “seremos ricas” y “D’este vuestro casamiento creceremos en honor” (II, 2195-98) quedan burladas. Los infantes son presentados como cobardes y ésta es la justificación que se da de su bajeza para con sus esposas. Ya desde el inicio del tercer cantar se empieza a mostrar a los infantes como antagonistas del Cid, quien ya posee características de héroe y cuyo honor fue emparentarse con la nobleza. Por ejemplo, cuando se desata un león, los infantes se esconden, mientras que el Cid se enfrenta al animal y le hace bajar la cabeza y meterse en la red. Luego, cuando llegan las fuerzas de Marruecos a atacar al Cid, ellos desean volver a Carrión, cuando aún un cura pide dar los primeros golpes. Estas anécdotas se contrastan con los versos siguientes en los que vemos al Cid matando moros y adquiriendo ganancias:

Cortoles el yelmo y, librado todo lo al,
 Fasta la cintura el espada llegado ha.
 Mató a Búcar al rey de allende mar,
 Y ganó a Tizón que mill marcos de oro vale.
 Venció la batalla maravillosa y grande,
 Aquí se honró mío Cid y quantos con el son.
 Con estas ganancias ya se iban tornando,
 Sabed, todos de firme robaban el campo. (III, 2423-30)

El Cid es un vasallo héroe que hace la guerra y se define como tal por conseguir ganancias, pues él no mata por violencia o por tener malos instintos. Según Garci-Gómez, el Cid y los suyos guerrear en primera instancia por necesidades primarias de pan, y después de ser ricos “seguirían guerrear para acrecentar sus

riquezas, porque los bienes pertenecían al más fuerte” (137). Recordemos que el lema del Cid es “Agora habemos riqueza, más habremos adelante” (II, 1269). Por eso resalta el valor de la espada Tizón que acaba de quitarle al rey moro y se siente honrado de robar los bienes para él y su mesnada.

El problema surge cuando el Cid le ofrece a los infantes todos esos bienes como si hubiesen luchado y ellos se ofenden al pensar que es una burla del Cid porque reconocen su conducta cobarde anterior a la batalla. Esta es la razón por la que sacan a sus esposas de Valencia y cobran venganza de la supuesta burla golpeándolas y dejándolas por muertas. Frente a tal atropello, el Cid pide justicia a su rey alegando a través de su intermediario, Muño Gustioz, lo siguiente:

Como yo so su vasallo y él es mío señor.
 D'esta deshondra que me han fecha los ifantes de
 [Carrión.
 Que le pese al buen rey de alma y de coracón;
 El casó mis fijas, ca no se las di yo.
 Quando las han dexadas a gran deshonor,
 Si deshondra hy cabe alguna contra nos,
 La poca y la grande toda es de mío señor.
 Adúgamelos a vistas o a juntas o a cortes. (III, 2905-14)

Esta petición de justicia tiene dos aspectos: la lealtad del Cid como vasallo y la responsabilidad del rey en el asunto. Notemos que el pedido del Cid empieza por recordarle al rey que es su vasallo y que es por esta relación de rey-vasallo que reclama justicia. Luego añade que su deshonra ha de pesarle al rey porque fue él quien casó a doña Elvira y doña Sol, de modo que la deshonra del vasallo es “toda” del rey. Si hubiese sido el Cid quien casó a sus hijas y éstas hubiesen sido deshonoradas, el Cid no se sentiría con derecho a pedir vistas, juntas o cortes, como lo hace en este caso.

El rey opta por llamar a las Cortes en Toledo, de modo que el caso es resuelto de manera pública y legal, ya que la restauración de la honra del Cid está vinculada a la suya. En tales Cortes, sin embargo, hay todo un ritual hierático que deja en claro que la autoridad es el rey. Arístubulo Pardo lo afirma de la siguiente manera:

Los únicos que se manifiestan con irreverencia para con el rey y con la solemnidad de las Cortes son los Vanigómez [los juzgados]. Para los demás, el respeto, la obediencia, el asentimiento a la voz del soberano mediatizan convenientemente la figura de éste [. . .] Como juez de última alzada, sus decisiones no son cuestionables y, por lo tanto, el rey no tiene que explicarlas. Su ejercicio judicial evoca la calidad de las sentencias de Dios. (221)

Esta característica del juicio establece que dentro de la relación rey-vasallo héroe es el primero quien tiene el poder, y si el Cid crece en honra y adquiere beneficios en el reino es por su conexión con el rey por medio de su vasallaje. Such y Hodgkinson señalan también que “Alfonso occupies a god-like figure position in the *Poema de Mío Cid*” (22). Bien dice el rey que ha llamado a cortes “por el amor de mío Cid, el que en buen hora nació” (III, 3132). Así, el Cid tiene voz durante el juicio porque el rey se lo permite y sus enemigos se convierten en enemigos del rey y son castigados.

La restitución de la honra del Cid empieza por devolverle sus bienes materiales: sus espadas Colada y Tizón y sus tres mil marcos de plata en bienes de los infantes. Luego viene la reposición moral cuando el Cid reclama el maltrato a sus hijas, que fueron golpeadas y abandonadas. La cobardía de los infantes es expuesta y se los acusa de traición, por lo que el rey termina el juicio permitiendo justas entre los infantes de Carrión y los hombres del Cid que los acusaron de cobardes. Aquí sucede algo interesante, pues aparecen dos rogadores que piden en matrimonio a las hijas del Cid para los infantes de Navarra y Aragón. El Cid se humilla nuevamente ante el rey diciendo: “Sin nuestro mandado, nada feré yo” (III, 3408) y el rey responde:

Ruégovos, Cid, caboso Campeador,
 Que plega a vos, y atorgar lo he yo,
 Este casamiento hoy se otorgue en esta corte,
 Ca crece vos hy honra y tierra y honor.
 [Levantose mío Cid, al rey las manos besó]. (III, 3410-14)

Esta sumisión del Cid es bien vista por el rey, y es así que el Cid crece en honra, tierra y honor, pacto que se sella cuando éste baja la cabeza y besa la mano del rey. En oposición a este modelo de comportamiento, la altanería de los infantes de Carrión es castigada en las justas y éstos se rinden para salvar la vida. El poema termina reconociendo que las segundas bodas son más honrosas porque hacen al Cid pariente de los reyes de España y que “a todos alcanza honra por el que en buen hora nació” (III, 3725). Se deja así a los oyentes del cantar con el orgullo de ser parte de la monarquía española y de recibir la honra del rey, de seguir el modelo de vasallo héroe del Cid campeador.

Como hemos observado, la relación rey-vasallo está presente en todo el poema y se relaciona con el concepto de honra medieval, pues el rey es el dador de honra al vasallo. Tal honra se reconoce en bienes materiales y en el respeto social de los demás por aceptación del rey. Es la pérdida de la honra la que impulsa las hazañas del Cid y es su lealtad y sumisión al rey lo que se la restaura. Por lo tanto, la honra sirve como lazo de unión entre el rey y el vasallo ya que gracias a ella el Cid asciende a la categoría de héroe. El Cid es el modelo ejemplar de vasallaje porque él logra restaurar la armonía en su relación con el rey, así como conseguir reconocimiento y favores que son fruto de esta relación, mientras que el territorio del rey crece en tamaño y riquezas gracias a su buen vasallo heroico. El Cid se convierte también en “señor” de su mesnada al ser buen vasallo y se ejemplifica en esta forma que la vía de ascensión social está ligada a la sumisión al rey, ya que sólo a su lado se crece en honra, tanto material como moral. El mito español del Cid campeador como modelo del vasallo héroe parece haber sido el mecanismo social que crease a los futuros conquistadores, cuyas crónicas tratan de restablecer la relación rey-vasallo para crecer en honra o respeto de la dignidad propia y en bienes materiales.

Obras Citadas

Anónimo. *El cantar de Mío Cid*. Coursepack, 2004.

Correa, Gustavo. “El tema de la honra en el *Poema del Cid*.” *Hispanic Review* 20.3 (1952): 185-99.

De Chasca, Edmund. “The King-Vassal Relationship in *El Poema de Mio Cid*.” *Hispanic Review* 21.3 (1953): 183-92.

Garci-Gómez, Miguel. “*Mio Cid*.” *Estudios de endocrítica*. Barcelona: Editorial Planeta, 1975.

Lacarra, María Eugenia. “La representación del rey Alfonso en el *Poema de mio Cid* desde la ira regia hasta el perdón real.” *Studies on Medieval Spanish Literature in Honor of Charles F. Fraker*. Ed. Mercedes Vaquero & Alan Deyermond. Madison: Hispanic Seminary of Medieval Studies, 1995. 183-95.

López Estrada, Francisco. *Panorama crítico sobre el Poema del Cid*. Madrid: Editorial Castalia, 1982.

Menéndez Pidal, Ramón. *Poema de Mío Cid*. Madrid: Espasa-Calpe, 1975.

Olson, Paul. R. “Symbolic Hierarchy in the Lion Episode of the *Cantar de Mio Cid*.” *MLN* 77.5 (1962): 499-511.

Pardo, Aristóbulo. “La imagen del rey en el *Cantar de Mio Cid*.” *Romance Epic: Essays on a medieval literary genre*. Ed. Hans-Erich Keller. Kalamazoo: Medieval Institute Publications, 1987. 213-25.

Rodríguez Puértolas, Julio. “Un aspecto olvidado en el realismo del *Poema de Mio Cid*.” *PMLA* 82.2 (1967):170-77.

Such, Peter and Hodgkinson, John. *The Poem of my Cid*. Warminster: Aris & Philips, 1987.

© Zoila Clark 2009

Espéculo. Revista de estudios literarios. Universidad Complutense de Madrid

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

